

ARTE

Marta Colvin, medio siglo de pasión artística

RICARDO BINDIS

Los ecos americanos, la fuerza telúrica de las montañas andinas y la poesía que emana de la piedra desbastada por la mano diestra de Marta Colvin Andrade, asombra a los europeos por la autenticidad de su mensaje plástico y la valentía escultórica. En la hoja biográfica que abarca cincuenta años de duro batallar, los artículos y elogios dedicados a su producción, en París, han sido decisivos para comprender su arte, que los críticos franceses conocen en profundidad. Su larga residencia de más de treinta años en la patria de Rodin ha penetrado en su obra, pero no ha malogrado el espíritu de sus formas precolombinas.

En la histórica ciudad de Chillán, lugar de nacimiento de la escultora, la tierra se remeció en un terremoto devastador, en enero de 1939. En ese mismo año nuestra artista decidió su destino, ya que se dedicó profesionalmente al arte del volumen, con una pasión que ella definió como “una vocación imposible de desviar, un llamado dramático, sólo comparable a la iluminación mística”. Hace cincuenta años, pues, ingresó a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile, al taller de Julio Antonio Vásquez, que siempre estará en su memoria, por el tino con que la condujo y el entusiasmo que le comunicó por Europa y los grandes museos.

En sus primeros ensayos está, por supuesto, el respeto figurativo, de acuerdo a las normas académicas de la época, pero rápidamente Marta ensayó en las soluciones modernas, llevada por una intuición natural. Es preciso destacar, eso sí, que desde las búsquedas iniciales indagó en diversos materiales para encontrar su lenguaje expresivo: piedra, madera, greda, estarán siempre presentes como vehículos para comunicarse, en un diálogo con la naturaleza, que nunca estará ausente de su obra. Ella se ha encargado de explicar estas búsquedas en palabras muy definidoras: "Trabajar en estos materiales es trabajar en lo vivo, en la esencia misma de las cosas, para tallar esa criatura que se desprende desde allí".

En Chillán, cuna de O'Higgins y Arrau, nació el 22 de junio de 1917, de ascendencia irlandesa por el padre y criolla por la madre, que la alentaron en el arte. De su abuelo irlandés, oficial de la Reina Victoria, tiene un recuerdo imborrable de respeto por la poesía y la cultura humanística, que la marcó de manera definitiva. Su niñez estuvo motivada por los descubrimientos y las conversaciones con su padre, un aventurero que emprende largos viajes que le permitieron soñar y vibrar con mundos lejanos, que alimentaban su curiosidad infantil. En el apacible pueblo provinciano transcurrió su juventud y realizó sus primeros estudios, para luego continuarlos en Santiago, donde se trasladó su familia para obtener una educación superior.

En la capital se abre un abanico de posibilidades, rodeada de un ambiente científico, pues dos de sus hermanos estudian medicina, pero sus inclinaciones artísticas no se alcanzan a manifestar ya que siendo una niña se casa con un hacendado que la conduce nuevamente a sus orígenes: Chillán, donde nacen sus tres hijos: Silvia, Fernando y Sergio. En este fundo se limitan sus anhelos artísticos, pero nunca pierde contacto con la cultura superior y se incorpora al grupo "Tanagra", centro de discusiones literarias, en búsqueda de almas gemelas.

Su iniciación en la escultura ocurre por casualidad. Un día que se dirige a Chillán a escuchar una conferencia, bajo una lluvia torrencial, en medio de la tormenta se le dibuja una figura femenina y gentilmente la invita a llevar en su pequeño automóvil. Es Noemí Mourgues, escultora y profesora de Artes Plásticas, quien le ofrece pasar a su taller. En esa vieja casona campesina siente una verdadera iluminación, ya que esta maestra de provincia la introdujo al fascinante mundo de las formas escultóricas, que jamás se apartarán de su vida.

Su casa se derrumba en el terremoto de 1939 y se ve obligada, por otra situación imprevista, a emigrar a Santiago. La imperiosa necesidad de seguir en esta elaboración con la greda, que se inició furtivamente en

Chillán, la empuja a matricularse en la Escuela de Bellas Artes, en marzo de ese mismo año, a los talleres de Julio Antonio Vásquez y Lorenzo Domínguez. En el Salón de Alumnos de su primer año de estudio artístico obtiene el Segundo Premio, para continuar temporada tras temporada ganando recompensas consagratorias, que culminan en 1944 cuando obtiene el Primer Premio, en la sección escultura, en el Salón Oficial, que le permitió sobresalir con el retrato del pintor Gustavo Carrasco. En ese mismo momento se inicia su carrera docente en la Universidad de Chile, entregando una enseñanza que sus alumnos recuerdan con cariño.

La mano no se detiene y realiza el primer monumento público dedicado a Antonio José de Sucre, en la plaza del mismo nombre, inaugurado en 1947 y que el paseante admira en este rincón de Santiago. Es la hora de perfeccionarse en la vieja Europa y se presenta al concurso de becas a Francia, patrocinado por el Gobierno de ese país. Gana la primera beca otorgada a un escultor después de la guerra y se le abre un horizonte maravilloso con el encuentro de París, que se unirá definitivamente a su existencia. En 1948 ingresa a la Academia Grande Chaumiére, al taller de Ossip Zadkine. Este maestro le inculca un arte entendido como un problema, no como una imitación. Se trata de interpretar el modelo y eludir la copia, para mostrar su yo interno, por medio de la invención.

Este profesor ejemplar en una revisión cotidiana de taller, le proclama al curso, cuando está frente a un esbozo de Marta: "Es la América que llega a nosotros a darnos la belleza y la verdad". El lenguaje de Zadkine era elocuente, apasionado y poético. Nuestra artista recogió apuntes de los comentarios de esta gloria de la escultura moderna, que después sirvieron para el prólogo de un catálogo, que él mismo hizo traducir, en Holanda. En París se relaciona con Etienne Martin y De Sthaly, que le ofrecieron su amistad generosa. Desde un comienzo, eso sí, recuerda con cariño los años compartidos con María Teresa Pinto, la escultora chilena residente en el Barrio Latino.

Es una existencia vertiginosa y corre desde La Sorbona a las salas del Louvre, donde se imparten cursos de Historia del Arte. Se mueve entre exposiciones, conferencias, conciertos y obras de teatro, pero precisa conocer el resto de Europa. Recorre Bélgica, Holanda, Italia, España, en un activo peregrinaje tras los monumentos artísticos, buscando el rastro del hombre medieval y del Renacimiento. Son casi dos años de experiencias inolvidables y definición estilística. Su arte vuela en superficies aladas en *Danza para tu sombra* y *Paloma de la paz*, donde aparece tibiamente la huella de lo autóctono de estas tierras, especialmente en el monumento a la bailarina, que data de 1952.

Cuando termina una novedosa estatua para el Instituto de Neurocirugía, emprende el segundo viaje a Europa, esta vez con destino a Londres, donde se le invita a un curso de seis meses para recibir lecciones de Edward McWilliam y se contacta con Henry Moore, el notable británico. Su estada en Gran Bretaña le esclarece los conceptos sobre sus búsquedas, pues penetra en una mentalidad distinta, que le permite encontrar distancias y aproximaciones entre dos grandes pueblos, que le servirán para su propia definición escultórica. Vuelve a París y participa en el Salón de la Joven Escultura Francesa, que le abre la posibilidad de realizar su primera muestra individual, en el exigente medio parisién.

En 1955 está nuevamente frente a sus alumnos de la Escuela de Bellas Artes con renovado entusiasmo, pero el taller la llama para gozar con el desafío del espacio abierto, para tratar las formas tensionadas con las maderas de la patria. Viaja al interior de Chillán, a Quinchamalí, donde aprecia la autenticidad de las loceras folclóricas, en este villorrio campesino, famoso por el arte popular. *Terra Mater* y *Eslabón*, maderas de noble factura, le permitirán ganar el Premio de Honor del Salón Oficial de 1956. De aquí en adelante siente el llamado profundo del continente americano que la reclama. Viaja por Bolivia, Brasil, México, la Isla de Pascua, para estudiar los valores aborígenes.

Su obra acentúa las púas pétreas, las ásperas astillas andinas y la grandiosidad de las proporciones de los vestigios precolombinos, en esculturas que reflejan el medio que la circunda: *Torres del silencio*, *Toqui*, *Caleuche*, son algunos ejemplos colosales. Con este depurado lenguaje se impuso en la Bienal de São Paulo, en 1965, al obtener el Gran Premio en escultura, donde participan 53 países. Es preciso recordar que creadores tan notables como Moore, Bill, Mirko, Oteiza, Peñalba y Pomodoro, la anteceden en este galardón mundial. Los delegados europeos, en especial, admiraron la fuerza que está presente en estas piedras enigmáticas, que interpretan zonas de mitos, junto a maderas, cargadas de efluvios vigorosos, de leyendas secretas.

Admiremos las piezas más sobresalientes de esta Bienal, para apreciar con la suficiente perspectiva histórica la calidad de esta estatuaria. *Torres del silencio*, en piedra natural, apenas desbastada, es un hito en el paisaje, una atalaya para mostrar la raíz americana. Lo mismo *Toqui*, madera tratada con colores simbólicos, que posee esa rústica elementalidad de los monumentos funerarios de la Araucanía, sin dejar de ofrecer esos aires de grandeza que aprendió de los maestros europeos, con el universo bullente, la fuerza que emana de la tierra virgen, como vemos en *Caleuche*, otra piedra que sorpren-

dió en 1965, en ese inolvidable concurso internacional que la consagró universalmente.

Regresa a la cátedra universitaria de Chile por un tiempo y entrega una enseñanza madura, vibrante y comunicativa, propia de una triunfadora, que sus alumnos saben comprender. No es extraño, por lo tanto, cuando una mañana de 1970, un jurado formado por los señores: Edgardo Boenninger, Miguel Rojas, Sergio Castillo, Emilio Morales y Adolfo Guerrero, le otorga el Premio Nacional de Arte. La sensualidad de la materia, la monumentalidad para tratar los volúmenes y la sensación de totémica serenidad, fueron considerados por el grupo de expertos que le dio la máxima recompensa con que el país señala a los mejores artistas, "que hayan entregado su vida entera al noble ejercicio de las bellas artes", como expresa a la letra la ley.

De hace casi dos décadas Marta Colvin vive en París e inicia la producción monumental, la verdaderamente estatuaría y vinculada a la arquitectura, recibiendo numerosos encargos del Ministerio de Educación de Francia, que año a año le adjudica un espacio en grandes complejos urbanísticos para que pueda comunicar ese intercambio o integración de dos especialidades artísticas que se necesitan, para reflejar la sociedad contemporánea. Lo que queda demostrado en su labor más última es su entrega total a los valores del mensaje prehispánico, su inclinación a lo primitivo de este continente de misterios y contrastes. Ella ha confesado que todo artista que pertenezca a este ambiente debería penetrar en los secretos de la etnología, los signos cósmicos que todavía no se conocen suficientemente.

En un bosque desolado a 20 kilómetros de París, donde se conocieron Luis XV y Madame Pompadour, se quiso recordar con una escultura este lugar histórico. En este solitario paraje la artista tenía el reto de igualarse con el árbol, competir con la naturaleza, con una pieza en madera africana, que lleva el sugestivo título *Señal en el bosque*, de 1972. Los arquitectos del Ministerio de Educación quedaron complacidos con estos volúmenes móviles, estas aspas que incitan a rodear este hito, cargado de romanticismo y paz idílica. Situación semejante consiguió con *Carrefour de l'esprit*, para un centro estudiantil, que le permitió atraer con un vuelo lírico escultórico un ambiente de cultura superior.

Esta orientación hacia la arquitectura la hace trabajar en colaboración con profesionales que conversan y estudian un proyecto. Así nació *Signo solar*, en 1973, una piedra frente al Sena, un triunfo de la escultura al aire libre, como le gusta trabajar en la actualidad. Retorna a la interpretación de lo arcaico, los desgajamientos cordilleranos y la fuerza que trepa en esas murallas ciclópeas, que buscan el cielo, en un canto a Machu Picchu y los cañones de los Andes. Allí frente al viejo río de París, está este pedazo de

masas escalonadas y toscas texturas, que encierran el misterio de este continente virgen, todavía un enigma para los estudiosos, de allí el entusiasmo que despierta su solución volumétrica.

Las instituciones estatales continúan solicitando sus servicios para aunar voluntades en edificios y plazas. Nos advierte nuestra artista que la escultura ya no es tomada como arte menor, sólo como una decoración en un centro estratégico. Nada de eso. Los arquitectos buscan otros derroteros y desean eludir la frialdad funcional creando una vivienda-escultura, en una obra plástica conjunta. Así nació *Victoria*, espectacular pieza para un regimiento francés y *Rosa de los vientos*, piedra de enérgicos movimientos, en 1974, una expresión de equilibrio de masas, regida por una ley de estrictas compensaciones de bloques, que puede considerarse abstracta, aunque no se descartan las reminiscencias representativas.

Un grupo de urbanistas franceses decidieron crear un conjunto de viviendas en Ville Nouvelle en St. Quintin, donde está viva la presencia del pasado románico. Frente a una iglesia medieval Marta Colvin planteó el monumento a los templarios, diseñando primitivamente la cruz de la época, en unas formas de rara hermandad románica. No quiso romper el ambiente y recurrió a sus conocimientos de Historia del Arte, para unir presente y pasado, en estas pesadas estructuras que no se apartan de su singular posición escultórica, con el sello de su estilo. Es una de las obras más recientes salidas de su estro creador, ya que se inauguró en 1982, suscitando gran interés por la novedad de la concepción, dentro de su marco historicista.

En este breve recuento de una vida y una realización tan rica, no deseo omitir un elogio para uno de los broncees más hermosos concebidos por esta chilena que se ha ganado un sitio en Europa. Me refiero a *Andes*, de 1959, que recibió los elogios del ministro italiano Amintore Fanfani, cuando concurrió como simple particular al taller del Parque Forestal. En este hermoso cóndor, podemos apreciar las vertientes en que se nutre su obra, cargada de misterios insondables, de vagidos de niños morenos de esta tierra todavía enigmática, que aún estamos descubriendo y aprovechando plásticamente. Se trata, pues, de una de las esculturas más características de esta mujer de tanta fuerza interior.

Estamos terminando este artículo cuando se aproxima el cincuentenario del terrible terremoto de Chillán, en 1939, momento en que Marta Colvin partía en su maravillosa aventura plástica que le daría tantas glorias a la patria. Un resumen de su obra monumental es *Pachamama*, enorme piedra, que se ubica desde noviembre de 1986 en el Parque de Escultores de Providencia, gracias a una iniciativa de ese municipio santiaguino. Senti-

mos que esta obra se afina en los recuerdos de las guitarreras de Quinchamalí, en las leyendas de su tierra, para conseguir la simbiosis de lo tosco y lo depurado, que extracta lo mejor de su arte. Un monumento de vibrante temperatura autóctona y que recién sale de sus manos.

Los juicios críticos de Antonio R. Romera merecen recordarse en estas líneas, ya que penetran en la médula de su producción: "La transposición de realidades duras en esos líricos momentos concentrados en la piedra o el material a que acude la escultora se hace más sutil por el hecho de realizarse dicha transposición mediante el recuerdo, la nostalgia, la evocación. De este modo la imagen inventada por el recuerdo o la añoranza a la distancia surge con mayor intensidad. Es decir, por esa lejanía deviene depurada de lo accidental". Son palabras del recordado crítico español, que dedicó muchos escritos a esta artista.

Deseo cerrar esta nota biográfica, con palabras de Marta Colvin, que ya utilicé en otra ocasión: "Los jóvenes van muy rápido, siguen el ritmo de la época que vivimos. ¿Es porque no poseen la quietud para decantar lo adquirido o porque presienten mejor la visión de un mundo cambiante en que la ciencia y la técnica marchan a una rapidez vertiginosa? *Ars longa... vita brevis...* Nadie mejor que el artista vive el drama de lo efímero de la existencia. Por eso hay que pensar que nuestra obra puede tener valor sólo como modesto aporte a la Gran Corriente, formada por la tradición, los sueños, la libertad creativa individual de los que nos han precedido; el artista es heredero de todo lo que las otras épocas produjeron. Cada vez que una obra ensancha la frontera de la expresión y ha vertido su pequeño arroyo al Gran Río, el artista ha cumplido su destino".

MARTA COLVIN EN EL MUNDO

Nace en Chillán, Chile, comienza sus estudios artísticos en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile. Nombrada profesora de la Cátedra de Escultura, obtiene una beca del Gobierno francés. En París se inscribe en la Sorbona y en los cursos de L'Ecole du Louvre. Elige como maestros a los escultores Ossip Zadkine y Henri Laurens. Frecuenta el taller de Brancusi.

Invitada por el British Council, continúa sus estudios en el Slade School de la Universidad de Londres y trabaja con Henry Moore en su taller de Much Hadham.

Realiza numerosos viajes por Europa y América. Después de cumplir una misión en la Isla de Pascua viaja a Japón.

Considerada actualmente entre los artistas de L'Ecole de París, expone regularmente en los Salones Anuales de París y en las más importantes exposiciones internacionales.

PRINCIPALES REALIZACIONES

Chile 1956 - 1973 - 1987

- Homenaje al Libertador José Antonio Sucre (bronce). Plaza Sucre. Santiago.
- Busto de Benjamín Vicuña Mackenna (bronce). Museo Vicuña Mackenna, Santiago y
- Plaza de L'Amérique Latine, París.
- Monumento funerario al Dr. Enrique Arancibia, Santiago.
- *Danza para tu sombra*, monumento a la memoria de la bailarina Isabel Glatzel, Santiago.
- Monumento a la joven Laura Lagos (piedra), cementerio de Chillán.
- Monumento a Marta Brunet (piedra), Cementerio General de Santiago.
- *Pincoya* (aluminio). Obra monumental móvil realizada en equipo con sus alumnos de Bellas Artes, Población La Pincoya, Santiago.
- *Madre Tierra* o *La Pachamama* (piedra roja de 5,50 m). Parque de Providencia, Santiago.

Japón 1970

- Relieve monumental en piedra y cobre (Pabellón Chile). Exposición Universal de Osaka, Japón.

Francia

Obras monumentales. Encargos oficiales del Gobierno francés.

- 1972 Corbeil, región parisiense, *Signal en forêt* (Madera 4,50 m). Museo de Escultura al Aire Libre de la Forêt de Sénart.
- 1973 Villepinte. *Carrefour de l'esprit*. (Madera 4 m). Collège Villepinte.
- 1974 Saint Nazaire. *Nef*. (Collège Reton).
- 1975 Nantes. *Hommage a Jules Verne*. (Piedra 6 m). Collège L'Angevinière.
- 1976 Lens. *Rose des Vents*. (Piedra 4 m). Collège de Noyelles.
- 1977 Boulogne Sur-Mer. *Leviathan*. (Madera, 4,50 m). Collège D'Ou-treau.

- 1978 Niort. *Melusine*. (Piedra 3 m). Collège de la Crèche.
- 1978 Bordeaux. *Defi*. (Piedra 4 m). Ministère des Armées, Bouliac, Bordeaux.
- 1979 París. *Rose des Vents II*. (Piedra 4 m). Université de Paris, Faculté d'Odontologie.
- 1981 Marly le-Roy. *L'Esprit de l'eau*. (Bronce 3 m) Fontaine, Place Général de Gaulle.
- 1982 Ville Nouvelle de St. Quentin-en-Yvelines. *Hommage aux Templiers*. (Piedra 5 m).
- 1982 Paris. *Grand Signe*. (Bronce 3 m). Museo de Escultura al Aire Libre a Orillas del Sena.
- 1983 Brest. *Vigie des mers*. (Granito rojo de Bretaña, 7 m). Para la Marina Francesa, en Fort de Crozon. Ganó un concurso nacional y es el monumento de mayor altura de todos los que ha hecho.

*Gran Premio Internacional de Escultura de la Bienal
de Sao Paulo Brasil, 1965*

- 1956 Londres. Premio en el Concurso Internacional de Escultura.
- 1956 Premio de Honor del Salón Oficial, Santiago.
- 1957 La Paz, Bolivia. Premio Iberoamericano de Dibujo y Grabado.
- 1970 Premio Nacional de Arte de Chile
- 1970 Medalla de Honor del Congreso de Chile.
- 1982 Premio del Consejo General y Premio del Consejo Regional de Ile de France.

MUSEOS Y COLECCIONES

- Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago de Chile.
- Museo de Arte Contemporáneo, Santiago de Chile.
- Casa del Arte (Pinacoteca), Universidad de Concepción.
- Universidad de París, Rue Jean Calvin, París.
- Centro Nacional de Arte Contemporáneo, París.
- Centro Nacional de Arte Contemporáneo de Ile de France.
- Museo de Arte Moderno de São Paulo, Brasil.
- Museo de Escultura al Aire Libre de la Forêt de Sénart, Francia.
- Museo de Escultura al Aire Libre de Middelheim, Amberes, Bélgica.
- Museo de Escultura al Aire Libre de la Ville de Paris, a orillas del Sena.

Museo de Osaka, Japón.

Hirsshorn Museum, Washington, D.C., Estados Unidos.

Palacio Imperial de Tokio, colección particular del Mikado.

Bronce en el buque escuela "Jeanne d'Arc", de la Marina francesa.

Museo de Escultura de Seúl, Corea, Parque Olímpico.

Y numerosas obras en colecciones particulares de Europa, América y Asia.



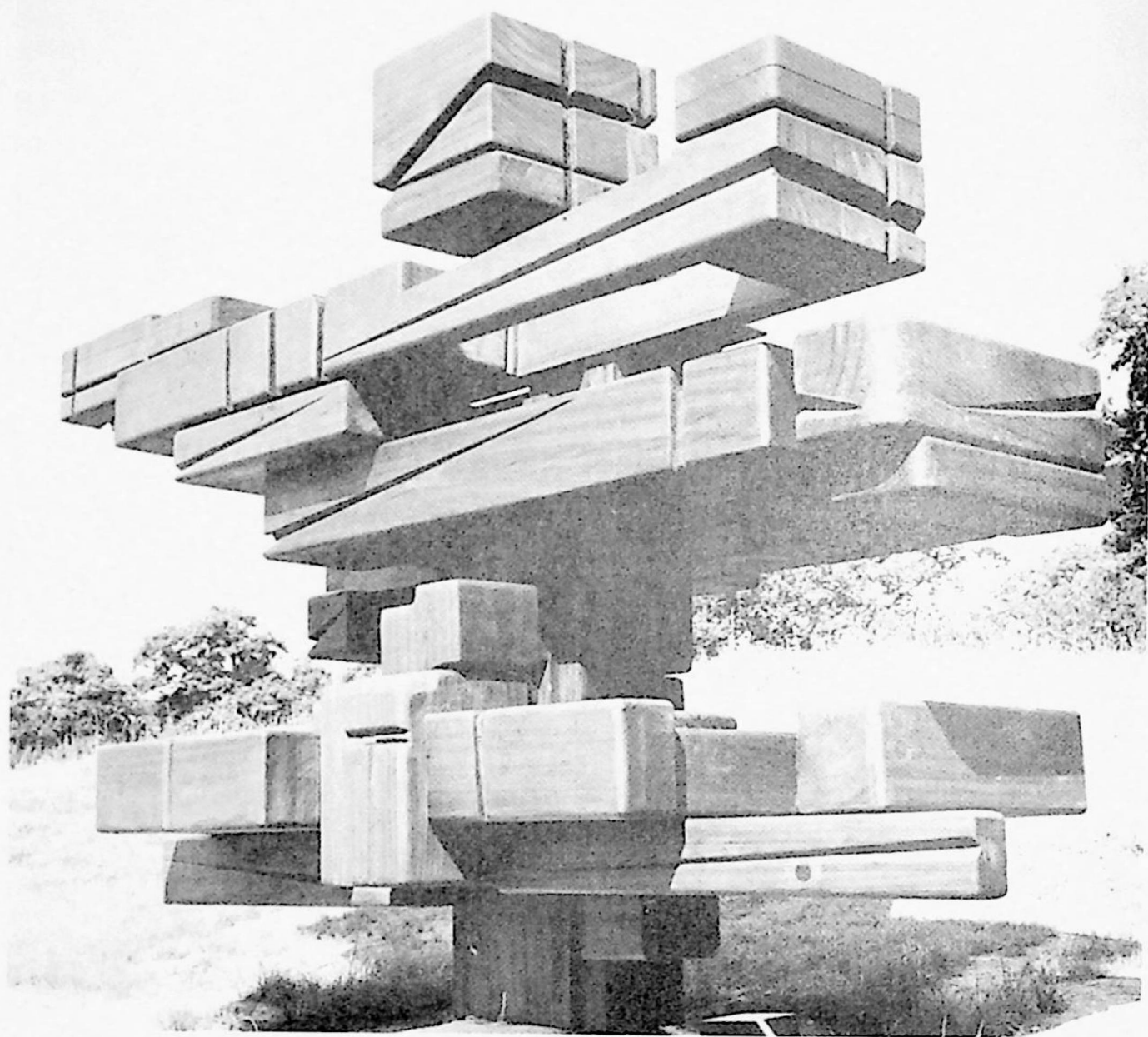
Marta Colvin. Autorretrato. 1950.



Marta Colvin. Busto del escritor Benjamín Subercaseaux. 1950



Marta Colvin. La Paloma de la Paz. 1953. De aquí pasó de lo figurativo a lo abstracto. Realizó esta obra a raíz del miedo a una Tercera Guerra Mundial. Está en Chillán, en poder de su hijo Fernando May Colvin.



Marta Colvin. Signal en forêt. 1971. Obra monumental en madera africana.



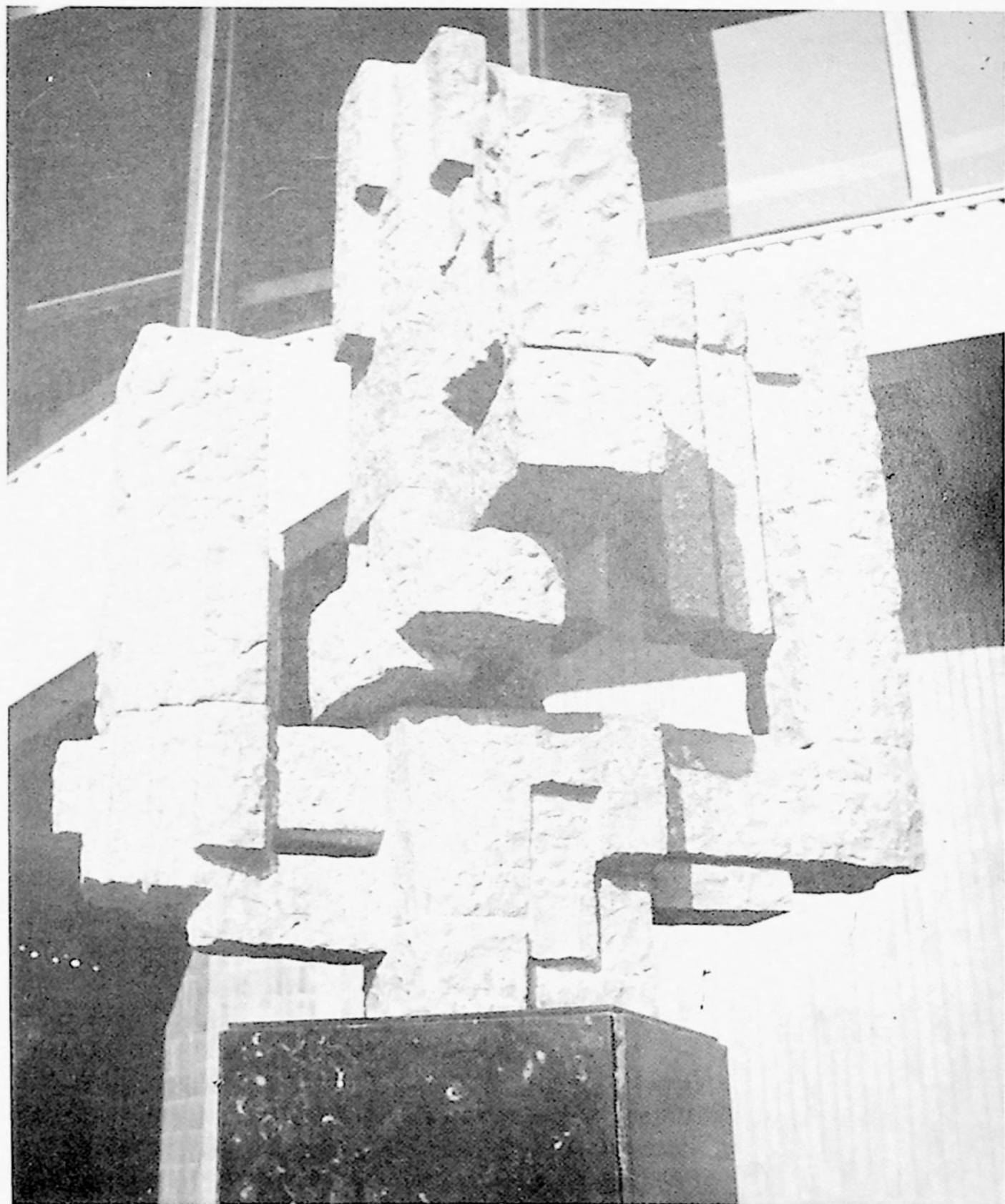
Marta Colvin. Signo Solar. 1973. Bronce. Museo de Escultura al Aire Libre a orillas del Sena, París, Francia.



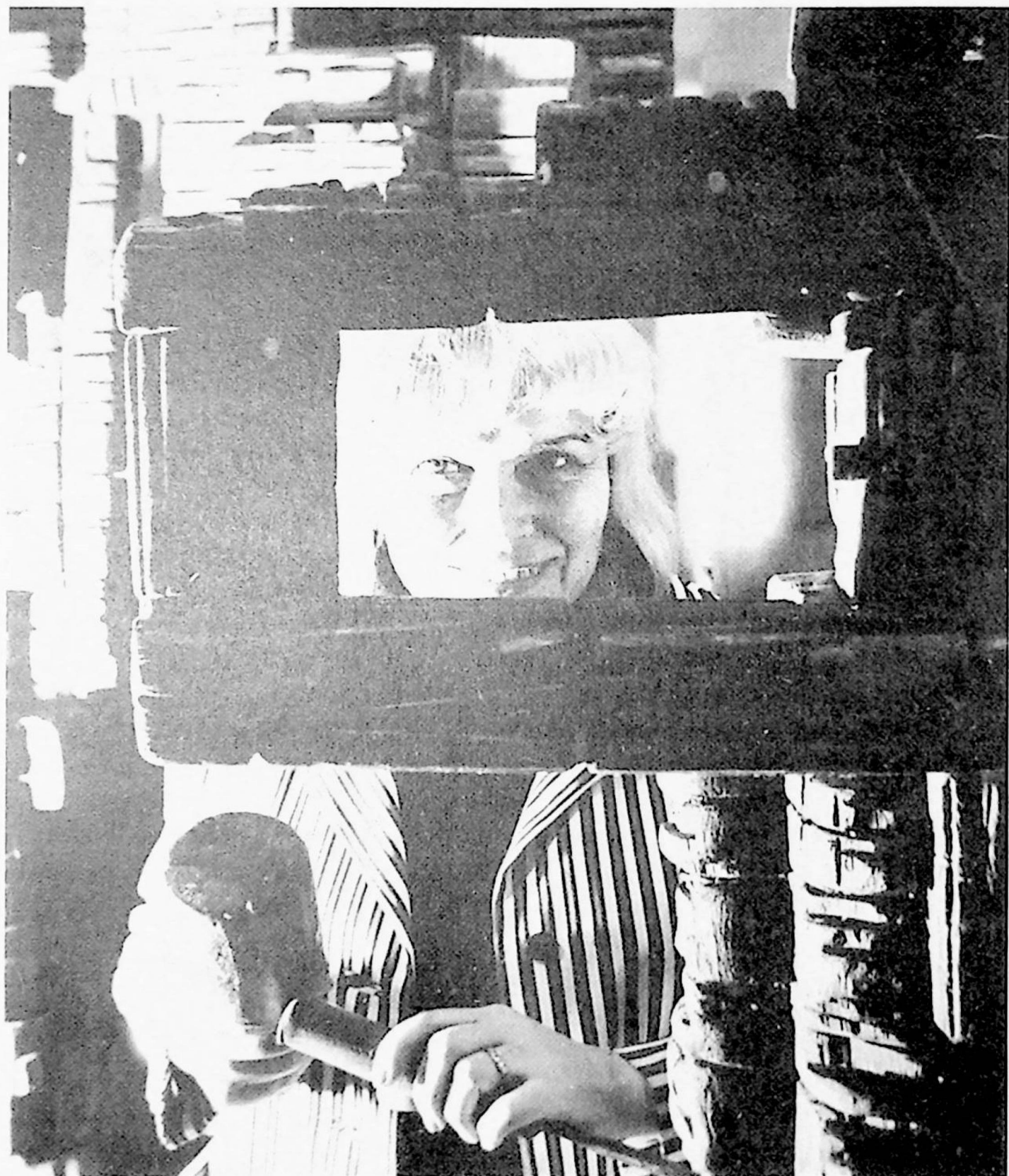
Marta Colvin. Homenaje a Los Templarios. Ville Nouvelle, cerca de París.



Marta Colvin. Vigía de los mares. 1983. En Brest, para la Marina francesa. Escultura en granito rojo de Bretaña. 7 metros de altura.

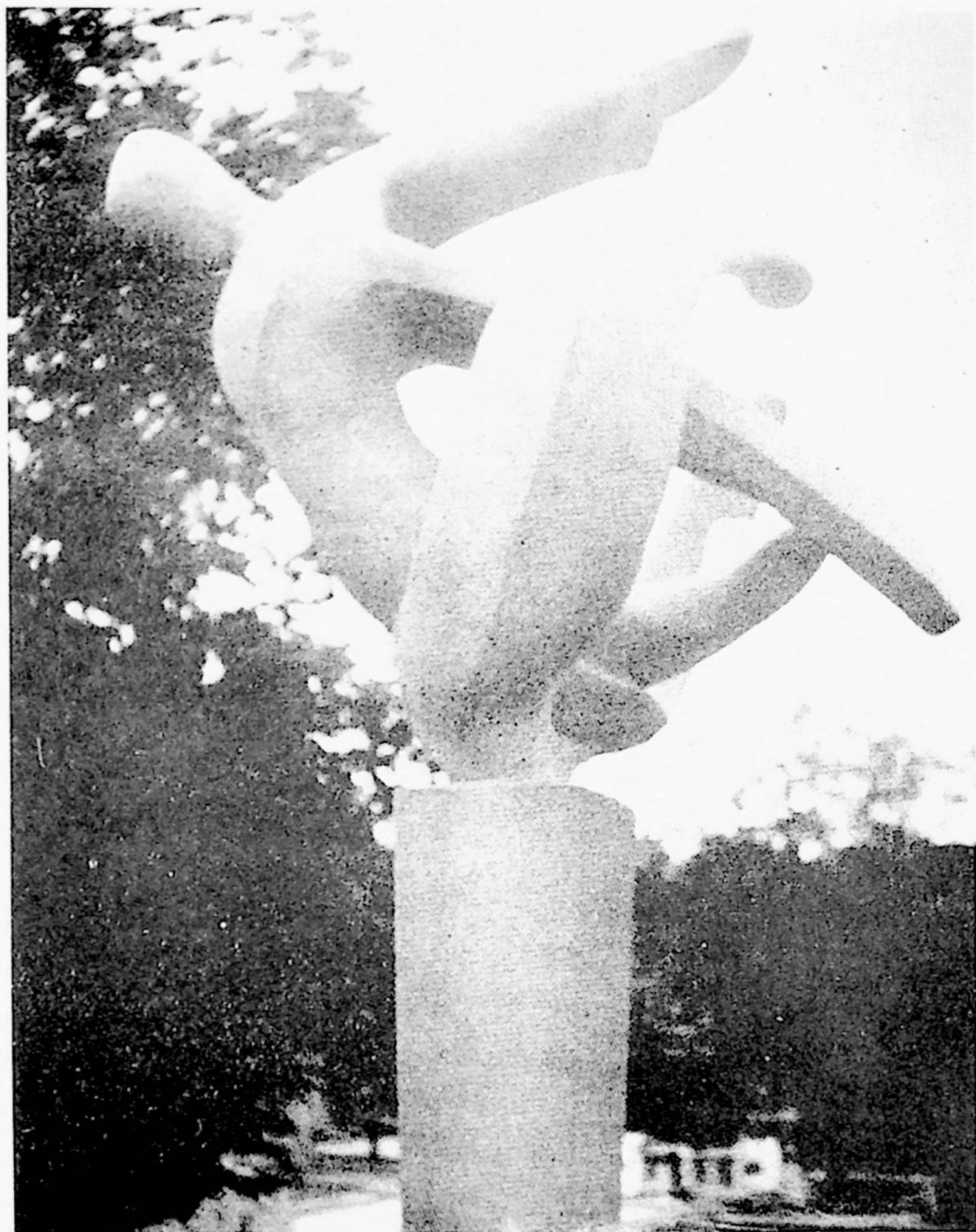


Marta Colvin. El árbol de la vida. Edificio Diego Portales, Santiago.

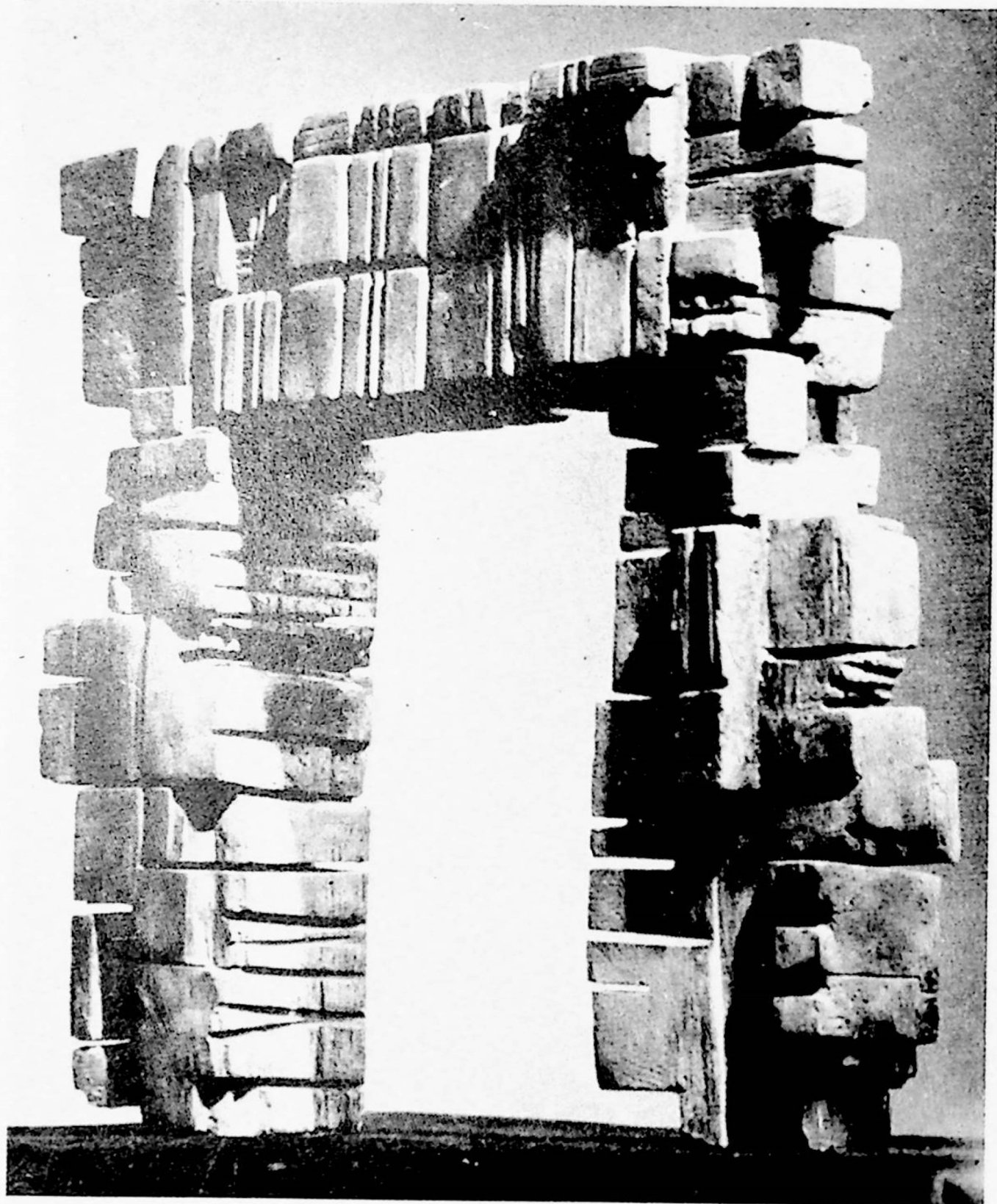


La artista Marta Colvin en su taller de París. En total ha realizado 22 esculturas monumentales en Francia, Chile, Bélgica, Japón y Corea del Sur. Ha presentado seis exposiciones individuales y ha participado en más de cien exposiciones colectivas en diversos países de Europa y América.

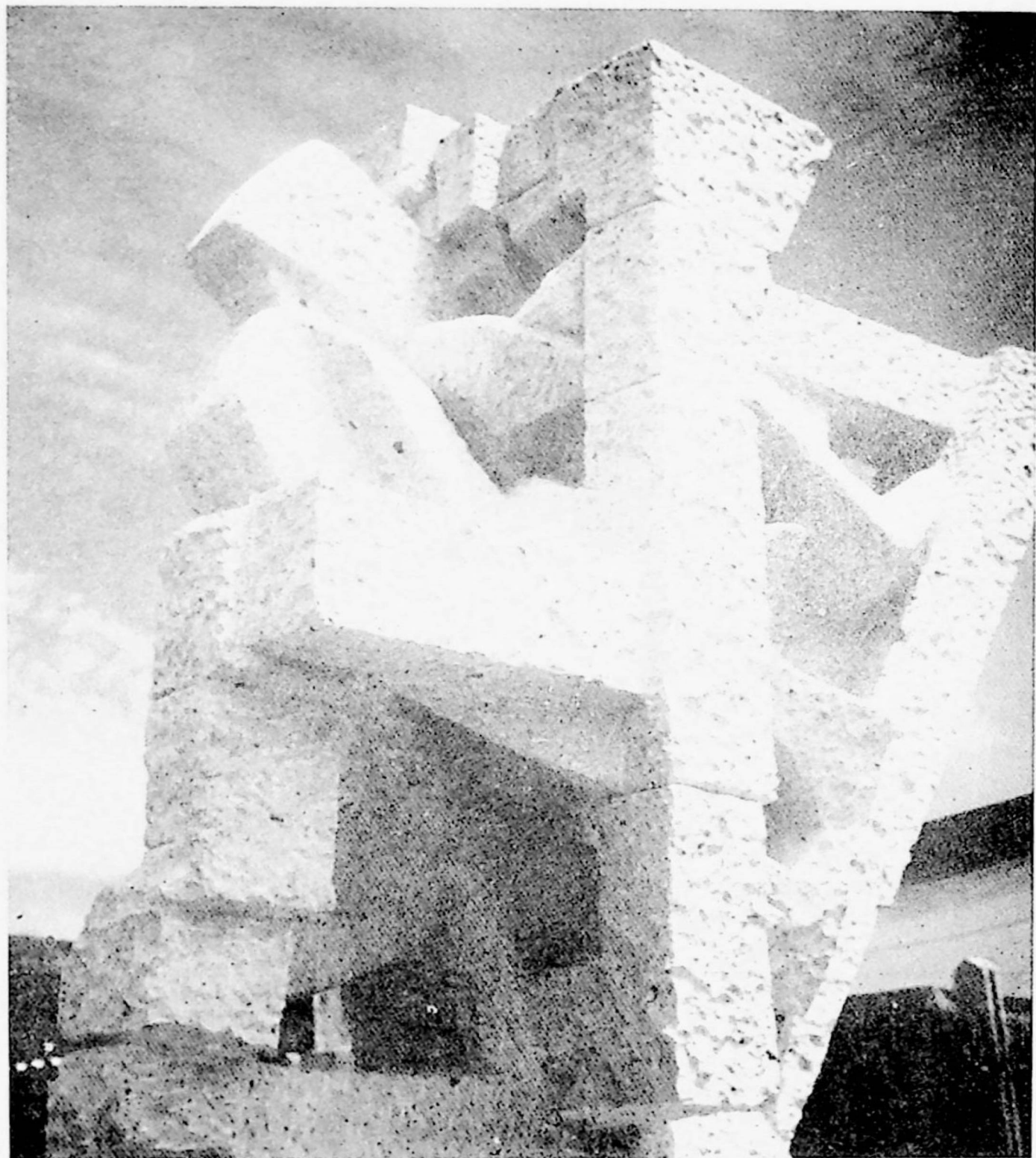
Consagrada por la crítica mundial, figura en forma destacada en el libro La sculpture moderne en France, depuis 1950 de los autores Ionel Jianou, Gérard Xuriguera y Aube Lardera, Arted Editions d'Art.



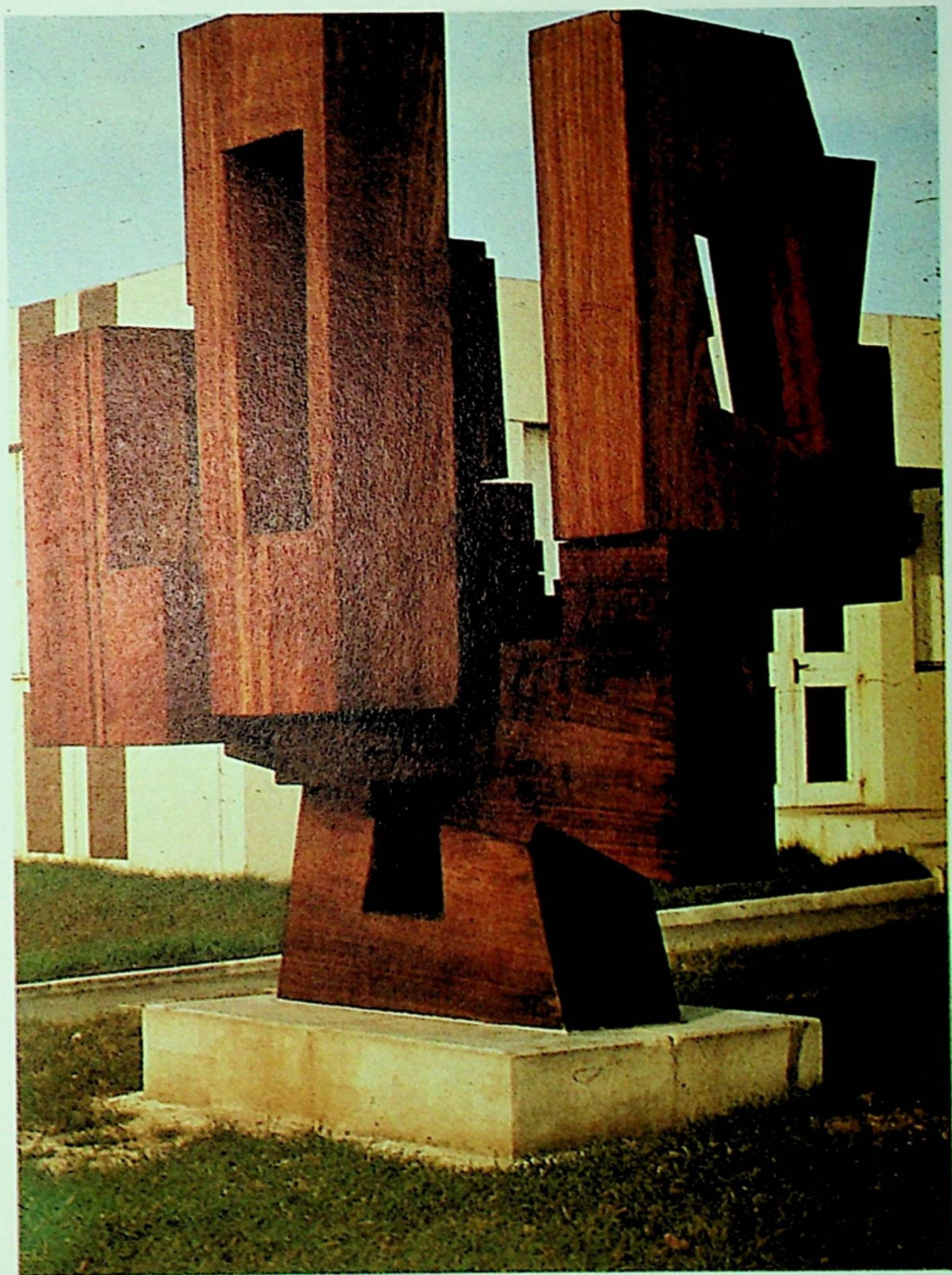
Marta Colvin. Danza para tu sombra (1952). Monumento a la bailarina Isabel Glatzel. Piedra sintética, 2,50 m. de altura. Cementerio General, Santiago.



Marta Colvin. Puerta del sol (1964). Maquette, en piedra roja de los Andes, de un monumento de 15 m. de altura para la Universidad de Concepción.



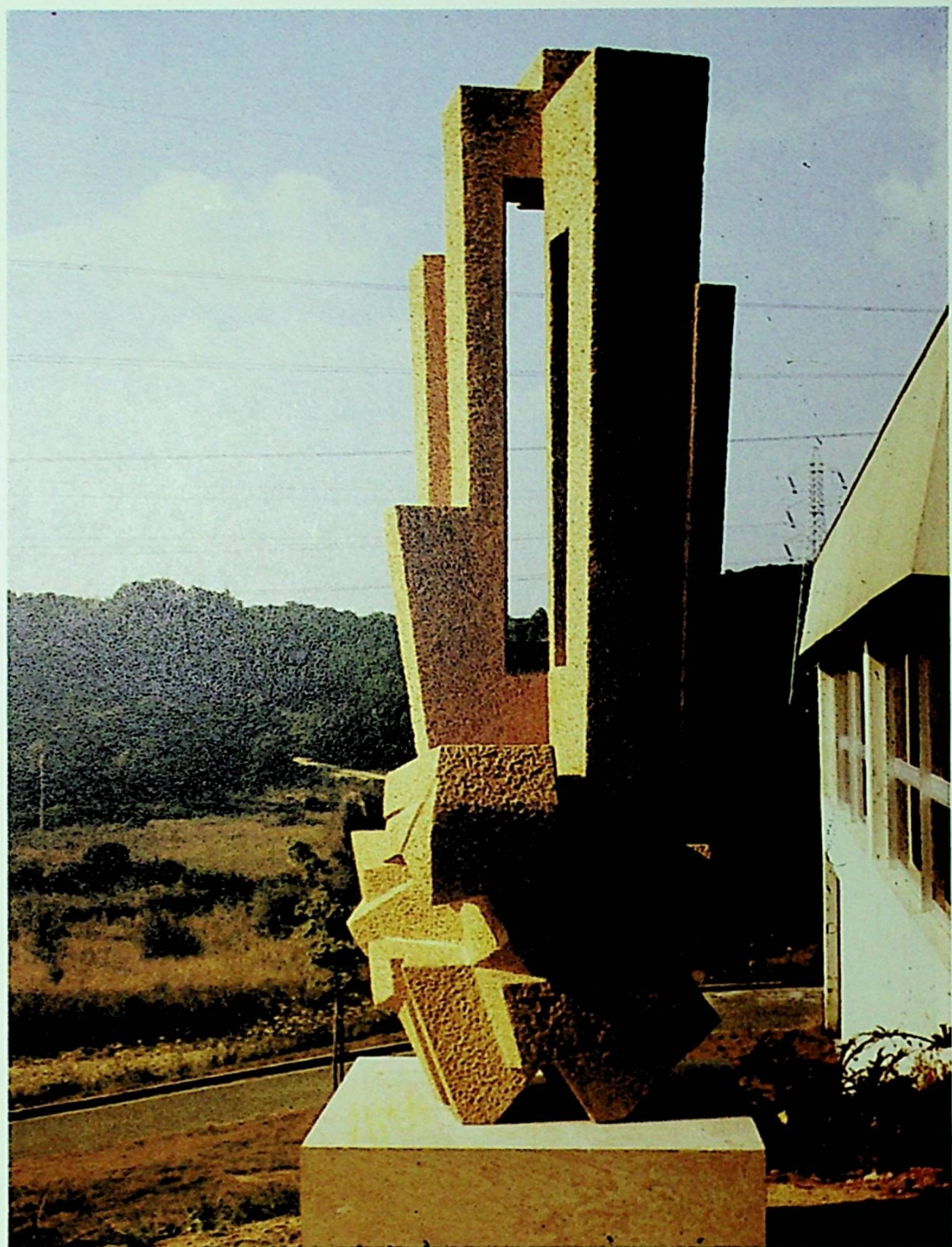
Marta Colvin. Monumento a la joven Laura Lagos (1964). Chillán. Piedra de los Andes. altura 3 m.



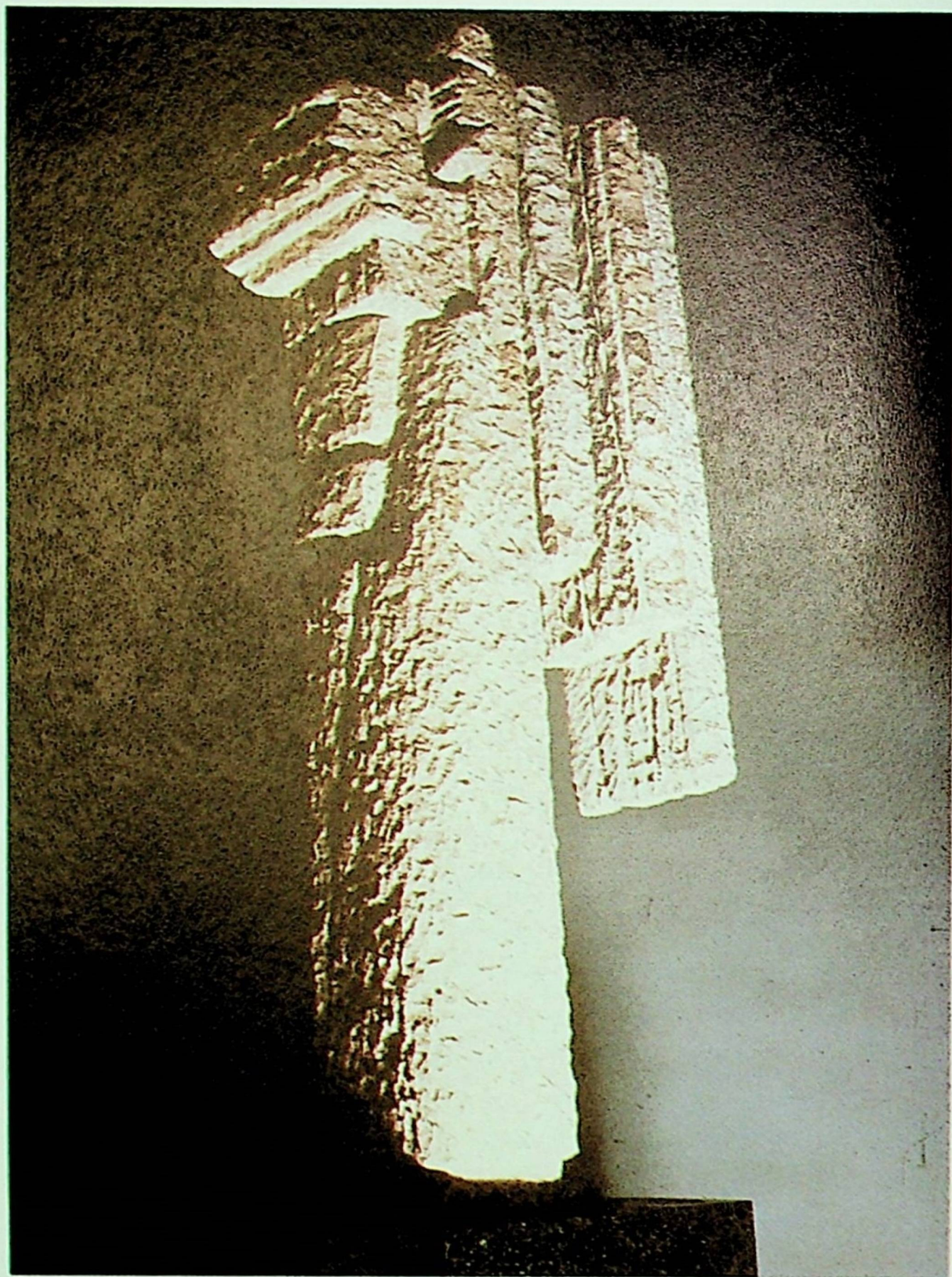
Marta Colvin. Encrucijada del espíritu. Madera. Collège Villepinte, París.



Marta Colvin. L'esprit de l'eau. Fuente. Plaza Général de Gaulle.



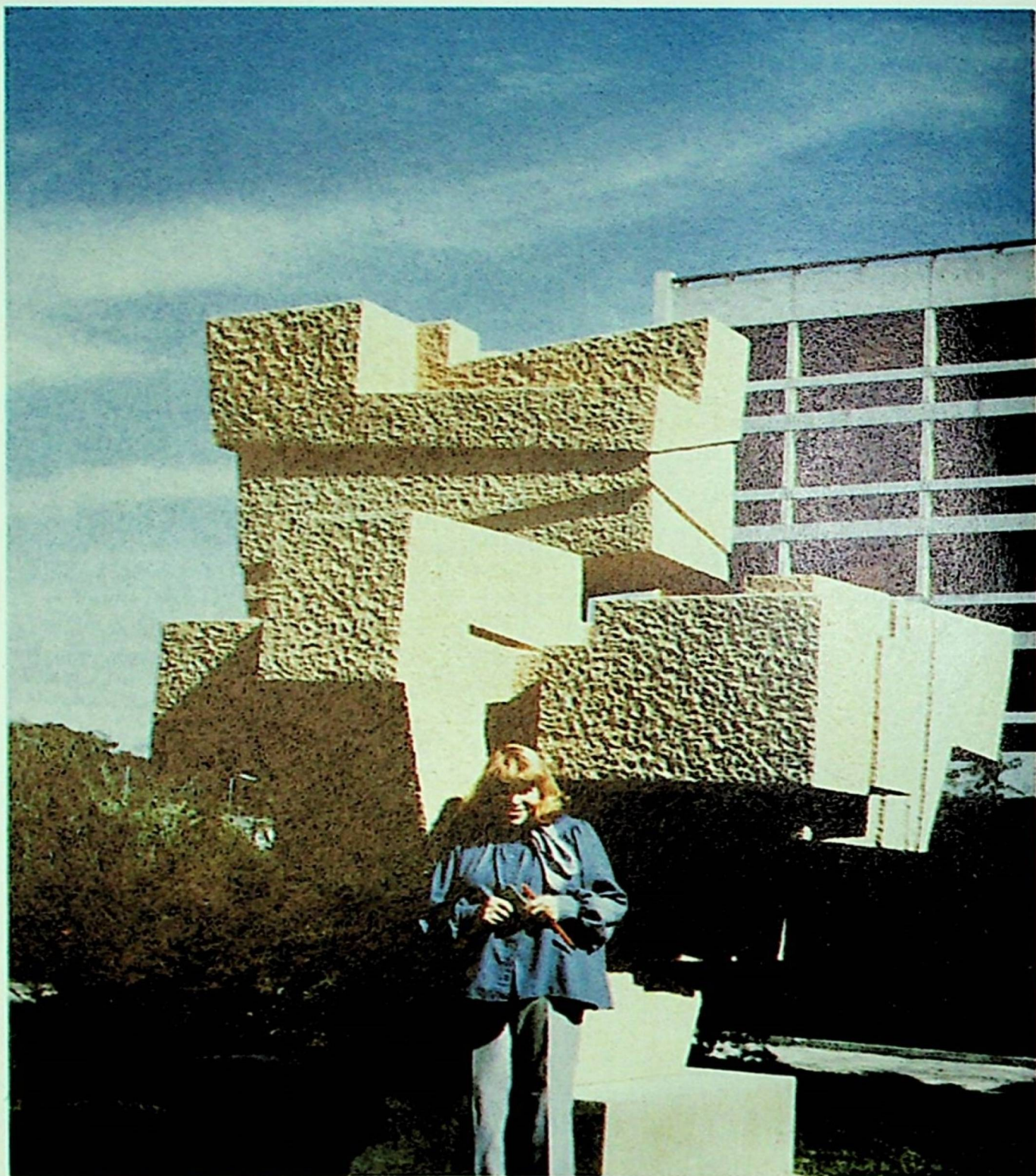
Marta Colvin. Victoria. Piedra. 3.50 m. Bordeaux. Región Militar.



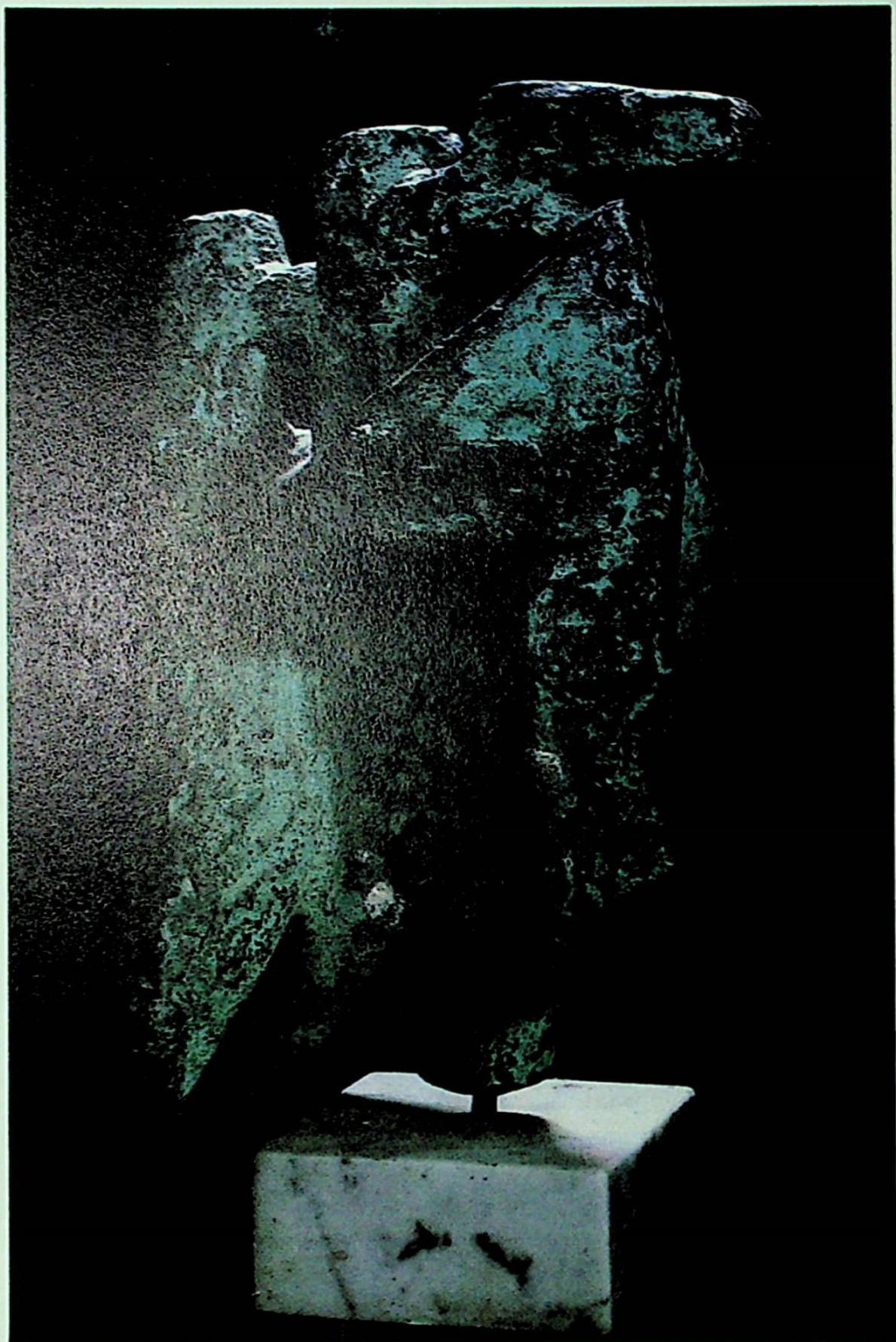
Marta Colvin. Machi. Piedra. Altura 2 m. Colección privada Nueva York.



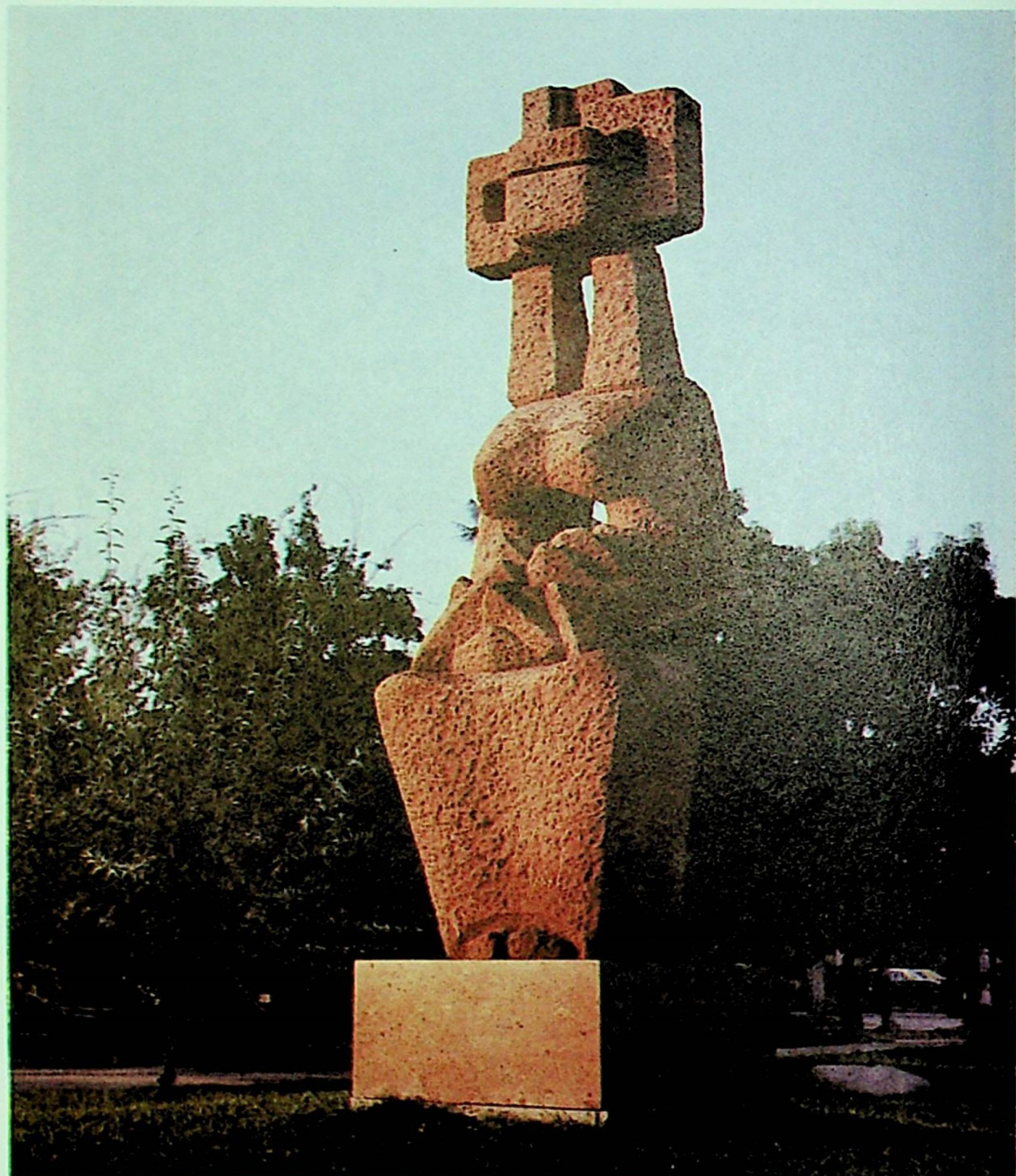
Marta Colvin. Caleuche. Piedra. 3,50 m. Puerto de St. Nazaire, Francia.



Marta Colvin. Rosa de los vientos. Piedra. 4 m. Universidad de París, Francia. La escultora se fotografió al pie de su obra.



Marta Colvin. Andes. Bronce. Colección Ricardo Bindis.



Marta Colvin. Madre Tierra. (Pachamama). Piedra roja, 5,50 m. Parque Providencia, Santiago de Chile.

De esta obra dijo: "Tuve que ir a una cantera, arriba, en la cordillera. Empecé con un bloque de 20 toneladas y terminé con 10. La tarea fue muy dura, pero quedé muy contenta, con el trabajo de los obreros chilenos, canteros".